

Segundo Domingo del Tiempo Ordinario – Año A

Is 49,3.5-6; 1 Cor 1,1-3; Jn 1,29-34

«Ser llamados / Sentirse llamados»

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una joven me contó cómo se sentía perdida, sin saber qué camino seguir después de terminar sus estudios. Cada opción parecía posible y, al mismo tiempo, abrumadora. Una tarde salió a caminar y notó una sola vela encendida en una ventana. Algo en esa pequeña luz le dio ánimo. Comprendió que ser llamada no es solo elegir un camino por uno mismo, sino reconocer una invitación, un apoyo, una confianza y una fuerza que vienen de fuera de nosotros.

Ser llamados, sentirnos llamados: este es un tema para todo ser humano.

¿Por qué me siento llamado?

¿Por qué me atrae este o aquel camino?

¿Es solo por mis talentos y capacidades?

¿O es alguien quien me llama, quien me desafía, confía en mí y me da apoyo y fuerza?

Las lecturas de hoy nos hablan de nuestra vocación y de nuestro testimonio a través de Dios. Para un testigo no basta con que lo que diga sea correcto; debe ser verdadero. Examinemos nuestras palabras y nuestra vida: ¿Quién es realmente Jesús para mí?

¿Con mi manera de vivir señalo a otros hacia Él?

Esta celebración quiere ayudarnos a afrontar estas preguntas, solo para nuestro bien.

Abramos el corazón a Jesús y escuchemos lo que Él quiere decírnos hoy.

— breve silencio —

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo:

- A veces me siento completamente agobiado; pesan demasiadas cosas sobre mí. A menudo me siento decepcionado y nadie comparte mis preocupaciones.

Señor, ten piedad de nosotros.

- Tú eres el Cordero de Dios, entregado para la reconciliación de todos. Cargas con la incomprendión de muchos, así como llevaste el peso de los pecados. Cristo, ten piedad de nosotros.
- Una y otra vez hemos experimentado que podemos confiar en ti, incluso cuando las preocupaciones son grandes. Una y otra vez hemos experimentado que estás dispuesto a ayudarnos. Señor, ten piedad de nosotros.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Señor Jesucristo, quédate muy cerca de nosotros en esta celebración.

Haznos experimentar tu misericordia y tu generosidad.

Permanece con nosotros en todos nuestros caminos.

Te honramos y te alabamos, dándote gracias por toda la eternidad. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios bueno, hoy podemos venir a ti con todo lo que nos mueve:

nuestra alegría y gratitud, nuestras preocupaciones y necesidades,
nuestras limitaciones y nuestra culpa.
Todo lo ponemos en tus manos.
Tú compartes nuestra alegría, cargas con nuestros pesos y perdonas nuestros pecados.
Por eso te damos gracias y te alabamos por Jesucristo, nuestro hermano y Señor. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Levantemos ahora el corazón en alabanza y cantemos con los ángeles la gloria de Dios, que nos llama y nos fortalece:

Gloria a Dios en el cielo...

HOMILÍA - «Este es el Cordero de Dios: llamados, santificados y enviados»

Una lección de valentía en la infancia

Hace algunos años, una mujer compartió un recuerdo de su niñez. Ella y su hermano menor jugaban en el campo cuando una tormenta repentina los asustó. Su hermano se

quedó paralizado, pero ella le tomó la mano y le dijo: «No te preocupes, yo te llevaré». Aunque era pequeña, logró guiarlo sano y salvo a casa. Más tarde comprendió que había vislumbrado el cuidado de Dios: protección, guía y la llamada a ayudar a otro, incluso cuando la tarea parece superar nuestras fuerzas. Esta historia refleja la Escritura de hoy: somos llamados, santificados y enviados, así como Cristo vino a cargar con el peso del pecado del mundo e invitarnos a participar en su misión.

Este es el Cordero de Dios

En el Evangelio, Juan el Bautista proclama: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Son palabras conocidas, pero profundas. Juan no dice: «Este es un profeta» o «un maestro», sino «el Cordero de Dios».

El Cordero como liberación

¿Qué significa esto? Recordemos primero a Israel en Egipto. En la Pascua, las familias sacrificaban un cordero para que el ángel de la muerte pasara de largo y fueran liberadas de la esclavitud. El cordero se convirtió en signo

de salvación. Juan señala ahora una liberación más profunda: la liberación de la esclavitud del pecado, esa fuerza que nos tienta y nos atrapa. Más tarde, los sacrificios de corderos en el templo buscaban la expiación, pero ninguno podía reconciliar plenamente a la humanidad. Solo el Hijo de Dios podía ofrecer el sacrificio perfecto. Cada Eucaristía celebra esta entrega total e invita a acoger la salvación con fe.

El Siervo sufriente

El canto del Siervo en Isaías nos recuerda: «Fue llevado como cordero al matadero... para que tuviéramos paz con Dios» (cf. Is 53,7). El sufrimiento de Jesús no es una tragedia sin sentido; es amor redentor. Una vez, una anciana de la parroquia me preguntó: «¿Qué debo hacer cuando me siento indigna de comulgar?». Le recordé que cuando escuchamos: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo», nuestro pecado queda expiado. Al responder: «Señor, no soy digno...», nos ponemos en las manos redentoras del Cordero.

Llamados a la santidad

San Pablo, en la primera carta a los Corintios, subraya la llamada y la dignidad: «A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1 Cor 1,2-3). ¡Qué sorprendente! Somos santos no por nuestros méritos, sino porque Cristo es santo. Pensemos en un aprendiz que comete errores, pero el maestro lo anima y lo forma. Así también Dios llama a cada uno de nosotros —padres, maestros, trabajadores, vecinos— a brillar allí donde estamos. Nuestro lugar en el mundo es irreemplazable.

Hacerse a un lado para dar testimonio

La misión de Juan el Bautista fue señalar a Jesús y luego hacerse a un lado. Una voluntaria mayor de la parroquia entregó su grupo de catequesis a una maestra más joven, temiendo ya no ser necesaria. Descubrió una alegría nueva al ver que la misión continuaba. Dar un paso atrás no disminuye el testimonio; permite que la misión florezca.

Gracia y paz como fundamento

Pablo escribe: «Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (1 Cor 1,3). La

gracia y la paz son dones, fundamentos para la acción.

Jesús, el Cordero de Dios, nos muestra este camino: cargar con los pesos, ofrecer redención y llamarnos a dar testimonio de un amor que libera en la familia, en el barrio y en la comunidad.

Unir pasado, presente y futuro

La proclamación de Juan une pasado, presente y futuro: el cordero pascual, los sacrificios del templo, el Siervo de Isaías, todo apunta a Cristo. Nuestra vida cristiana recorre el mismo camino: de la luz de la Navidad a la cruz, la resurrección y la misión permanente. Ver a Jesús solo como el Niño del pesebre es perder la historia completa. El Cordero de Dios se entrega totalmente, reconcilia y nos capacita para compartir su luz.

Vivir nuestra llamada

¿Qué significa esto hoy? Reconocer tu llamada: eres uno de los «llamados», una luz en la oscuridad. Acepta tu dignidad de santo, no por méritos propios, sino por Cristo. Da testimonio fiel en la familia, en el trabajo o en la comunidad, sabiendo que Cristo ya cargó con el peso más

grande. Acoge la gracia y la paz, y deja que guíen tus acciones y relaciones.

Encarnar el amor de Dios

Una historia final refleja la del inicio. Un joven acompañó a un amigo durante una enfermedad y una pérdida, simplemente estando presente, escuchando, rezando y ofreciendo apoyo. Más tarde, el amigo le dijo: «Sentí el amor de Dios a través de ti». Esto resume nuestra llamada: encarnar la misericordia y la luz de Dios. Cristo cargó con el peso del mundo para que nosotros diéramos testimonio en la vida diaria.

Conclusión: entrar en la misión

Al acercarnos a la Eucaristía, hagamos nuestras las palabras de Juan y de Pablo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Que sean nuestra meditación, nuestro consuelo y nuestra llamada. Salgamos renovados al mundo, llevando gracia, paz y luz a todos los que encontremos. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

En comunión con todos los cristianos, profesemos ahora nuestra fe en el Dios que toca los corazones y llama a su pueblo:

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios bueno, te presentamos estos dones de pan y de vino. Aunque son sencillos, son signos con los que recordamos a Jesús, tu Hijo y nuestro hermano.

Abre nuestros ojos para verte a ti y para vernos unos a otros.

Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias una y otra vez, Señor.

Tú eres tan grande, ¿cómo no hacerlo?

Vemos lo que realizas en la creación, en nuestra vida diaria

y en el corazón de las personas.

Nos ayudas cuando no podemos solos.

Nos llamas incluso cuando nos sentimos débiles
y nos envías a servir a los demás.

Enviaste a tu Hijo para sostenernos, caminar con nosotros
y mostrarnos la plenitud de tu amor.

Jesús se hizo hombre, compartió nuestras alegrías y
sufrimientos,
nos guió en las tormentas de la vida y nos reveló tu
misericordia.

Por Él somos llamados, santificados y enviados
a dar testimonio en nuestras familias, comunidades y en el
mundo.

Por eso, con el corazón elevado y la voz unida, te
alabamos ahora y siempre.

Tu amor nos salva, nos redime y nos fortalece para vivir
según tu voluntad.

Por eso, con los coros de los ángeles, cantamos sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Por el bautismo hemos recibido el Espíritu de Dios, que
nos hace una comunidad de hermanos y hermanas.

Oremos ahora juntos a Dios, nuestro Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de las sombras que inquietan nuestro
mundo y nuestro corazón,
del miedo que paraliza y de la desesperanza que ciega.
Fortalece nuestra fe, guía nuestros pasos y mantennos
firmes en tu luz,
para que caminemos con valentía, esperanza y caridad,
dando testimonio de tu amor en nuestras familias, lugares
de trabajo y comunidades.

Ayúdanos a reconocer tu llamada en cada momento,
a abrazar nuestra vocación con alegría, confiando en tus
promesas
y aguardando con esperanza la venida de nuestro
Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor, haznos instrumentos de tu paz.
Donde haya miedo, llevemos valentía;
donde haya duda, llevemos fe;
donde haya heridas, llevemos sanación;
y donde haya oscuridad, llevemos la luz de Cristo,
para que otros vean tu misericordia reflejada en nuestra
vida.
Ayúdanos, Señor, a ser canales de tu amor,
para que todos escuchen tu llamada, respondan con
esperanza
y caminen por tus caminos.
Que tu paz, que supera todo entendimiento,
habite en nuestros corazones y se extienda por el mundo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Jesús nos llama a sí mismo.
Vengan todos los que buscan,

todos los que anhelan fuerza y verdad.

Recibamos el Pan de Vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Jesús, tú siempre has ayudado a las personas.
Eres el amigo que anhelo,
el que siempre está conmigo.
Cuando todo está en silencio y me siento solo,
siento que realmente estás a mi lado.
Ayúdame a escuchar tu llamada cada día
y a dar testimonio de tu amor en todo lo que hago. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, te damos gracias por este don de tu Hijo.
Que llevemos a nuestra vida diaria el valor, la guía y el
amor recibidos aquí,
para que otros vean tu llamada en nosotros
y se acerquen más a ti. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que nos llama y nos fortalece, los bendiga:

- El Padre, que cuida nuestros caminos;
- El Hijo, nuestro Amigo fiel;
- El Espíritu Santo, que nos guía e inspira.

Que caminen en la fe y en la valentía, ahora y siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, para dar testimonio del amor de Dios con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Ser llamados no siempre significa conocer todo el camino. Significa reconocer la llamada, confiar en Aquel que llama y dar un paso adelante con fe.

Hoy, escucha esa llamada y deja que tu vida señale a otros hacia Cristo.

LUNES – SEGUNDA SEMANA DEL TIEMPO

ORDINARIO – AÑO II

1 Sam 15,16–23; Mc 2,18–22

Tema: «Vino nuevo, corazones nuevos»

INTRODUCCIÓN

Cuando yo era niño, mi abuela conservaba en un estante de su cocina una vieja vasija de barro. Estaba agrietada, remendada y desportillada, pero ella no quería tirarla. Un día le pregunté por qué la guardaba. Ella sonrió y me dijo: “Porque cuando la vasija se rompa del todo, compraré una nueva, y con una vasija nueva haré algo que nunca antes he hecho”. Años después entendí lo que quería decir: los recipientes nuevos conservan sabores nuevos.

Las lecturas de hoy nos enseñan la misma verdad. Saúl se aferra a viejas costumbres y pierde de vista la llamada de Dios. Pero Jesús trae vino nuevo: una nueva manera de ver a Dios, una alegría nueva que nace de saber que el Esposo está cerca.

Estamos ante esta Eucaristía como personas que muchas veces nos sentimos agrietadas o remendadas por la vida.

Sin embargo, el Señor no nos descarta: nos invita a convertirnos en recipientes nuevos para su vino nuevo. No podemos añadir más días a nuestra vida, pero sí podemos dar más vida a nuestros días. Cristo, el Esposo, está en medio de nosotros. Él se aferra a nosotros; aferrémonos nosotros a Él. Comencemos esta celebración abriendo nuestro corazón a la renovación que Él desea para nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
Tú vienes a hacer nuevas todas las cosas, y sin embargo nos aferramos a la comodidad de lo conocido.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,
Tú nos ofreces el vino nuevo de tu amor, y sin embargo elegimos la seguridad de los odres viejos.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,
Tú nos llamas a alegrarnos con tu presencia, y sin

embargo permanecemos cargados de miedo y duda.
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que se complace en los nuevos comienzos tenga misericordia de nosotros, borre nuestros pecados, renueve nuestros corazones con la frescura de su Espíritu y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de amor fiel, tu Hijo viene a nosotros como el Esposo cuya presencia trae alegría, sanación y vida nueva. Líbranos de los hábitos que nos atan al pasado, abre nuestro corazón al vino nuevo de tu gracia y haznos recipientes dignos del amor que derramas en Cristo nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Vino nuevo, corazones nuevos

Un joven artesano intentó una vez reparar un viejo odre de cuero que había heredado de su padre. Lo cosió, lo remojó, lo moldeó. Pero cuanto más trataba de restaurarlo, más se rompía. Finalmente su padre le dijo: "Hijo, a veces no se puede arreglar lo viejo. Hay que hacer algo nuevo". Esta es la sabiduría espiritual que Jesús nos ofrece hoy.

1. Saúl y el peligro de la obediencia a medias

En la primera lectura, Saúl no es condenado por hacer algo malo. Es rechazado porque obedeció a medias, escuchó de manera selectiva y se aferró a viejos esquemas. Su odre viejo no pudo contener el nuevo camino que Dios quería para Israel. Dios desea una obediencia viva, disponible, flexible y fiel; no rígida, temerosa ni selectiva.

2. Jesús, el Esposo que trae alegría

En el Evangelio, Jesús se llama a sí mismo el Esposo. Es como si dijera: "Esto no es un cortejo fúnebre; es un

banquete de bodas". La vida es dura, sí. Sufrimos, lloramos y llevamos cargas. Pero un cristiano no debería vivir como si el Esposo estuviera ausente. Su presencia está destinada a ser fuente de alegría incluso en medio del dolor. Tal vez no siempre risa, pero sí una alegría profunda y serena que nos sostiene.

3. El vino nuevo necesita odres nuevos

Las imágenes de Jesús sobre el paño nuevo y el vino nuevo nos dicen esto: no se puede derramar la frescura del Evangelio en un corazón que se niega a ensancharse. Dios no solo nos remienda: nos invita a ser nuevos. ¿Dónde vemos hoy los odres viejos?

- En la rigidez que evita el cambio.
- En la actitud de "siempre se ha hecho así".
- En la rutina espiritual que nunca se arriesga a amar.
- En el corazón que teme soltar viejas heridas, resentimientos o costumbres.

El Señor no nos pide perfección, sino apertura, docilidad y renovación.

4. El Esposo es arrebatado, pero siempre está cerca

Jesús insinúa su muerte: "Llegará el día en que el Esposo les será quitado". La alegría es real, pero también lo es la Cruz. Y, sin embargo, incluso en la Cruz Él derrama vino nuevo: el vino del Espíritu, el vino del perdón, el vino que nos hace criaturas nuevas.

Historia final: el odre nuevo

Una mujer llevó una vez un viejo odre a un talabartero y le preguntó: "¿Puede hacerlo nuevo otra vez?". Él respondió: "Puedo ablandarlo... pero solo si me dejas remojarlo en agua, estirarlo, darle nueva forma y, a veces, abrirlo". Ella dudó. Él sonrió y dijo: "El vino nuevo no puede vivir en un corazón que se niega al toque de la renovación".

Así sucede con nosotros. Dejemos que Cristo nos ablande con su misericordia, nos estire con su Palabra y nos rehaga con su amor, para que podamos recibir el vino nuevo que Él desea derramar en nuestra vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar el pan y el vino en el altar, presentemos también aquellas partes de nuestra vida que necesitan

renovación, sanación y nuevos comienzos. Que Aquel que hace nuevas todas las cosas nos transforme con su gracia, y que esta ofrenda sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, recibe estos dones de pan y vino y los corazones que los colocan ante Ti. Así como transformas estas ofrendas sencillas en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, transfórmanos a nosotros en criaturas nuevas, dispuestas a llevar la alegría del Esposo al mundo que Él vino a salvar. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Padre santo, Dios fiel y eterno. Porque en Cristo, tu Hijo, has venido a nosotros como el Esposo, llevando alegría a los afligidos, nueva esperanza a los desanimados y vino nuevo a los corazones cansados. Él nos llama a dejar las cargas del pasado para entrar en la frescura de tu Espíritu,

enseñándonos que tu amor es siempre nuevo, siempre fiel, siempre fuente de vida. Por eso, con los ángeles y los santos, con la Iglesia renovada en tu gracia, cantamos el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Dios que renueva todas las cosas y hace su morada entre nosotros como nuestro Esposo, oremos con las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días. Libera nuestro corazón de los hábitos que nos aprisionan y de los miedos que nos apartan de tu alegría. Ayúdanos, por tu misericordia, a permanecer siempre abiertos a tu gracia renovadora, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú no has venido a cargarnos con pesos, sino a traernos la alegría del Esposo. No tengas en

cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el Esposo que trae vino nuevo a los corazones dispuestos a recibirla. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has llenado con el vino nuevo de tu presencia. Que la alegría de este sacramento eche raíces en nuestra vida hoy. Haznos nuevos, haznos confiados, haznos fieles, para que llevemos tu amor a dondequiera que vayamos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de la renovación, nos has fortalecido con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo. Que este santo don haga de nuestra vida un testimonio vivo de la alegría del Esposo y nos prepare para acoger cada día el vino nuevo de tu Espíritu. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que los llama a una vida nueva llene sus corazones de su paz. Amén.

Que Cristo, el Esposo, renueve su alegría y fortalezca su esperanza. Amén.

Que el Espíritu Santo los haga recipientes fieles del vino nuevo del amor de Dios. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo **†** y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, renovados por la alegría del Esposo.

Lleven su vino nuevo al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“El vino nuevo no puede vivir en un corazón viejo: deja que Cristo rehaga hoy tu corazón.”

Martes de la Segunda Semana del Tiempo Ordinario –

Año II

1 Sam 16, 1-13; Mc 2, 23-28

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, una maestra visitó una clase de niños pequeños. Les preguntó:

“¿Qué creen ustedes que es lo primero que Dios mira cuando los ve?”

Un niño dijo: “Mi ropa”.

Otro respondió: “Mi comportamiento”.

Un tercero susurró: “Mis errores”.

Pero una niña pequeña levantó la mano y dijo:

“Creo que Dios mira primero mi corazón”.

Sí: Dios mira el corazón. Y las lecturas de hoy nos lo dicen con toda claridad.

Dios sorprende a Samuel eligiendo a David, el más joven, el menos esperado.

Y Jesús sorprende a los fariseos poniendo las

necesidades de los discípulos hambrientos por encima de la rigidez legal.

Hoy comienza también la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.

No buscamos la unidad obligando a todos a ser iguales, sino aprendiendo a mirarnos unos a otros con los ojos de Dios: ojos que miran primero el corazón.

Entremos en esta Eucaristía pidiendo al Señor que purifique nuestro corazón, ensanche nuestra compasión y nos haga instrumentos de unidad.

ACTO PENITENCIAL

Dios ve más allá de nuestros fracasos; Él ve nuestro deseo de comenzar de nuevo.

Confiando en su misericordia, reconozcamos nuestros pecados.

Señor Jesús, tú levantas a los humildes y nos sorprendes con tus elecciones: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú pones a la persona humana en el centro de la ley de Dios: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a caminar por el camino de la unidad y la misericordia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que mira el corazón y sana las heridas más profundas derrame sobre ustedes su misericordia, perdone sus pecados, renueve su espíritu y los conduzca a la plenitud de la vida. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de elecciones sorprendentes,
tú miras más allá de las apariencias
y reconoces lo que está escondido en el corazón.
Despierta en nosotros un espíritu que valore a las
personas más que las normas, la compasión más que la
crítica, la unidad más que la división.

Así como elegiste a David y lo guiaste con tu Espíritu,
elíjenos también hoy
y modela nuestra vida según tu voluntad.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Un viajero llegó una vez a un pueblo famoso por sus hermosos relojes. Cada casa tenía un reloj hecho a mano. Pero notó algo extraño: todos los relojes marcaban horas diferentes.

Preguntó por qué, y los habitantes le respondieron: “Cada uno ajusta su reloj según el que más le importa: el suyo propio”.

El viajero sonrió y dijo:

“Si cada uno sigue solo su propio tiempo, nadie podrá caminar juntos”.

Reflexión bíblica

Las lecturas de hoy nos muestran lo fácil que es quedar atrapados en “nuestro tiempo”, en nuestras expectativas, en nuestra manera de medir lo que es correcto.

Samuel entra en la casa de Jesé esperando que la elección de Dios siga la lógica humana.

Pasan ante él los hijos mayores: fuertes, altos, impresionantes.

Pero Dios le susurra una frase inolvidable:

“El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón”.

Dios elige a David, un joven pastor, casi olvidado.

Los caminos de Dios nos sorprenden porque Dios ve la vida desde dentro.

El Evangelio nos presenta otro momento de este cambio divino de prioridades.

Los fariseos ven a los discípulos de Jesús arrancando espigas por hambre y los juzgan inmediatamente según la ley.

Pero para Jesús la primera pregunta no es:

“¿Qué norma se ha violado?”,
sino:

“¿Quién tiene necesidad?”

Y nos recuerda:

“El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado”.

La ley está al servicio de la vida, no la vida al servicio de la ley.

Esto no es permisividad.

Jesús está profundamente enraizado en la Ley, pero no permite que la Ley ahogue la misericordia.

Aquí está el corazón del mensaje de hoy:
la compasión es la ley preferida de Dios.

Y al comenzar la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, esta es la ley que estamos llamados a vivir.

La unidad crece cuando vamos más allá de las apariencias, de las etiquetas, de las tradiciones, y vemos el corazón, el hambre, el anhelo, la humanidad de nuestros hermanos y hermanas.

Un grupo de músicos se reunió una vez para ensayar. Una violinista insistía en que todos ajustaran su afinación según su instrumento.

El director se acercó tranquilamente al piano, tocó una sola nota y dijo:

“Este es el punto de referencia.

Todos nos afinamos con esto, no con nosotros mismos”.

La unidad nace cuando afinamos nuestro corazón con Cristo,

la única nota que da armonía a toda nuestra vida.

Que afinemos nuestra vida con su compasión y que midamos todo, no por la rigidez, sino por el amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar el pan y el vino, pongamos también ante el Señor nuestro deseo de ver como Él ve y de amar como Él ama.

Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de misericordia,
acepta estos dones y los corazones que los ofrecen.
Así como el pan se convierte en fortaleza y el vino en alegría,

transforma nuestra vida en instrumentos de compasión, para que quienes más lo necesitan encuentren en nosotros un reflejo de tu cuidado.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú exploras lo profundo del corazón humano
y eliges lo que el mundo desprecia.

En cada tiempo levantas servidores
que ponen a las personas antes que las normas
y la misericordia antes que el juicio.

En tu Hijo Jesús
nos revelas el verdadero sentido de cada mandamiento:
restaurar al cansado,
alimentar al hambriento
y liberar a quienes viven oprimidos por el miedo.

Al comenzar esta Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos,
nos llamas a mirarnos unos a otros con tus ojos,
a acoger tus sorpresas
y a caminar juntos en la armonía de tu Espíritu.

Por eso, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria cantando (o diciendo):
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña que la ley de Dios está al servicio del bien de cada persona.

Confiados en el Padre que cuida de nuestras necesidades más de lo que podemos imaginar, oremos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda forma de juicio duro,
del miedo y de la ceguera del corazón.
Líbranos de la rigidez que olvida la compasión
y de las divisiones que hieren el Cuerpo de Cristo.

Concede la paz a nuestros días,
para que, guiados por tu Espíritu,
sepamos reconocer las necesidades de los demás,
responder con generosidad
y caminar juntos como hijos tuyos.

Mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú revelaste la misericordia del Padre
y nos enseñaste que toda ley está al servicio del bien de tu
pueblo.
No tengas en cuenta nuestros pecados
ni nuestras faltas de amor,
sino la fe de tu Iglesia
y el deseo de unidad de tus discípulos.
Concédele la paz que sana las heridas,
la unidad que fortalece nuestro testimonio

y la armonía que refleja tu Corazón.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que con su misericordia alimenta a los hambrientos
y con su amor sana los corazones heridos.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
nos has alimentado con tu propia vida.
Abre nuestros ojos para ver como tú ves,
abre nuestro corazón para elegir la misericordia antes que
la rigidez,
y abre nuestras manos para servir a quienes tienen
hambre
de compasión, de esperanza y de unidad.

Permanece con nosotros ahora y siempre. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de toda bondad,
nos has renovado con este santo Sacramento.

Que esta Eucaristía eduque nuestro corazón
para valorar a cada persona,
buscar la unidad más que la división
y servirnos unos a otros con la generosidad del mismo
Cristo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que mira el corazón
los bendiga con sabiduría y compasión. Amén.

Que Cristo, Señor del sábado,
los libere de toda carga
y los fortalezca en toda obra buena. Amén.

Que el Espíritu Santo,
dador de unidad, paz y valentía,
guíe sus pasos hoy y siempre. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ☩ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, poniendo la compasión antes que el juicio
y la unidad antes que la división.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios mira el corazón...
y nos pide que hagamos lo mismo.

INTRODUCCIÓN

Cuando era niño, recuerdo haber visitado a un amigo que vivía en una granja. Tenía un perrito muy pequeño —¡más ladrido que mordida! Una tarde, ese perrito se colocó valientemente entre nosotros, los niños, y una gran serpiente que había salido de debajo de un cobertizo. El perro temblaba, pero no retrocedió. Se mantuvo firme y ladró con todo el valor que su pequeño cuerpo podía reunir. Al final, la serpiente se deslizó y se fue, vencida no por la fuerza, sino por el valor.

Ese día me enseñó lo que las Escrituras nos recuerdan hoy: el valor no siempre viene del tamaño, de la experiencia o de la fuerza; muchas veces nace de la confianza.

Y hoy, en la fiesta de santa Inés, recordamos a una joven de apenas trece años que se plantó ante el poder de un imperio con una valentía mucho mayor que su edad. Como aquel perrito tembloroso, Inés podía parecer pequeña y frágil, pero nada pudo sacudir la fuerza de su

confianza en Cristo. David, el muchacho que enfrenta a un gigante, permanece firme porque confía en Dios. Jesús, frente a una oposición creciente, da un paso adelante para sanar. Llama al hombre de la mano paralizada a “ponerse en medio”, a levantarse de nuevo.

Hoy traemos nuestros propios miedos, debilidades, nuestros “Goliat”: esos problemas que parecen mucho más grandes que nuestras fuerzas. Y pedimos al Señor que nos conceda el valor de David, la compasión de Jesús y la pureza firme y valiente de santa Inés, para que todo lo que en nosotros está seco, cansado o temeroso pueda levantarse de nuevo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a ponernos delante de ti con sinceridad y valentía.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú sanas lo que está herido y haces entero lo que está roto.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces a los débiles y levantas a los que caen.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios, que nos mira con misericordia, se acerque a todos los que buscan sanación y fortaleza. Que perdone nuestros pecados, renueve nuestros corazones y nos guíe para caminar con confianza en su amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Glorifiquemos al Señor, que sostiene a los pequeños y fortalece a los humildes, cantando con gozo el himno de alabanza.

ORACIÓN COLECTA

Dios de los humildes y de los valientes, tú permaneces junto a quienes se sienten pequeños ante los desafíos de la vida. Así como fortaleciste a David frente al gigante y sostuviste a Jesús mientras sanaba en medio de la hostilidad, llénanos del valor que nace de confiar en ti. Que tu gracia restaure lo herido, reanime lo cansado y nos haga instrumentos de tu amor sanador. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Una maestra pidió una vez a su clase que dibujara una imagen del valor. Un niño dibujó una montaña enorme. Otro dibujó un león rugiente. Pero un niño dibujó un pajarito en su nido, sobre una rama delgada, mientras una tormenta furiosa rugía a su alrededor. Cuando la maestra preguntó: “¿Por qué es esto valor?”, el niño respondió: “Porque el pájaro confía en el árbol”.

Las lecturas de hoy hablan de ese tipo de confianza. Y en esta fiesta de santa Inés recordamos a una joven que

permaneció como ese pajarito: pequeña a los ojos del mundo, pero firme porque confiaba en el Señor que la sostenía. Su valor no nació de la fuerza, sino de pertenecer totalmente a Cristo.

1. DAVID: EL VALOR DE LA CONFIANZA, NO DE LA FUERZA

Saúl mira a David y ve debilidad: “Eres solo un muchacho”. Goliat mira a David y ve insignificancia. Pero Dios mira a David y ve fe. David no confía en las piedras ni en la honda. Confía en el Señor que siempre lo ha librado. Y con esa confianza vence al gigante.

Cada creyente conoce esta historia no porque sea antigua, sino porque es nuestra historia. También nosotros nos encontramos con Goliat: una enfermedad que abruma, un conflicto familiar que parece no tener solución, heridas del pasado, cargas que llevamos en silencio.

Y Dios nos susurra: “No mires tu pequeñez. Mira mi fuerza”.

2. JESÚS: EL VALOR DE HACER EL BIEN A PESAR DE LA OPOSICIÓN

En el Evangelio, Jesús se enfrenta a otro tipo de Goliat: la mirada fría de líderes religiosos y políticos. Lo observan no para aprender, sino para condenar. Jesús ve a un hombre con la mano paralizada. Podría haber esperado. Podría haber evitado problemas. Podría haber elegido la seguridad. Pero el amor no espera. Jesús llama al hombre al centro: a la visibilidad, a la dignidad, a la resurrección.

Marcos señala las emociones de Jesús: enojo, tristeza, dolor. Sin embargo, Jesús transforma esas emociones en sanación. Los líderes no responden con admiración, sino con planes para destruirlo. El bien muchas veces deja al descubierto la oscuridad de otros. Pero Jesús no permite que el miedo silencie la compasión. Como David, confía en el Padre.

3. ¿QUÉ MANO PARALIZADA EN NOSOTROS NECESITA SER SANADA?

Tal vez tu “mano paralizada” sea el desánimo, o el miedo, o una relación enfriada, o un sueño que murió en silencio. Jesús hoy hace lo mismo que entonces: nos llama al centro, no para avergonzarnos, sino para restaurarnos. No nos pide que seamos fuertes; nos pide que nos pongamos de pie. Y cuando nos ponemos de pie, él sana.

4. **¿QUÉ ENEMIGO ES DEMASIADO FUERTE PARA NOSOTROS?**

Todos enfrentamos batallas que parecen imposibles de ganar. Pero la Escritura nos dice la verdad: la fuerza del débil, sostenida por Dios, supera el poder del fuerte. David no tenía armadura. Jesús no tenía ejército. Y, sin embargo, ambos vencieron: uno por la confianza, el otro por el amor que resucitó de entre los muertos. Ese es el poder del Reino de Dios.

Un padre llevó una vez a su hija pequeña a nadar. Las olas eran fuertes. Ella se aferró a su cuello y temblaba. Él le dijo: “No tengas miedo, yo te sostengo”. Ella respondió:

“No tengo miedo porque yo te estoy agarrando”. Pero el padre sabía la verdad: era él quien la sostenía. Esa es nuestra fe. Pensamos que nos aferramos a Dios, pero es Dios quien nos sostiene.

Así que hoy, sea cual sea el gigante que enfrentes, sea cual sea la parte de tu corazón que se sienta paralizada, escucha al Señor decirte: “Ponte en medio. No tengas miedo. Yo estoy contigo”. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como David puso cinco piedras pequeñas en las manos de Dios y el hombre de la mano paralizada extendió su debilidad hacia Jesús, pongamos ahora sobre este altar nuestra pequeñez, nuestros miedos y nuestras esperanzas. Que Dios los convierta en instrumentos de su gracia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, recibe los dones que te presentamos y la vida que te ofrecemos. Así como fortaleciste a David y renovaste al hombre sanado por Jesús, renueva en nosotros un espíritu de confianza valiente. Que estos dones sean para nosotros signos de tu poder que restaura y salva. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú permaneces junto a los débiles y levantas a quienes confían en ti. Fortaleciste a David frente al gigante, y en tu Hijo Jesús revelaste un amor que sana sin miedo, una compasión que no se deja silenciar por la dureza del corazón humano. Su palabra sanadora restaura nuestra fragilidad y nos conduce a la libertad de la vida nueva.

Por eso, con los ángeles y los santos, cantamos el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza de David y la fe del hombre que fue sanado por Jesús, oremos al Padre que nos sostiene en la palma de su mano.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal y de todo miedo que encoge el corazón. Concede paz a nuestros días y fortaleza a nuestra debilidad. Por tu misericordia, líbranos del pecado y protégenos de todo lo que nos abruma, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enfrentaste el odio con valentía y sanaste a los quebrantados con compasión. No mires nuestros pecados ni nuestros miedos, sino la fe de tu Iglesia. Concédele la paz que nace de tu fuerza y la unidad que brota de tu amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, la fuerza de los débiles, el valor de los temerosos, el sanador de todo lo que está herido. Dichosos los invitados a este banquete de vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú nos llamas a ponernos en medio ante ti. En esta Eucaristía has tocado nuestros miedos, nuestras heridas y nuestra debilidad. Que tu fuerza se convierta en nuestro valor y tu amor en nuestra sanación, para que podamos levantarnos de nuevo y llevar vida a quienes nos rodean.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por este sagrado alimento, te pedimos, Señor, que fortalezcas nuestra fe como fortaleciste a David en la batalla y al hombre sanado por tu Hijo. Llénanos del valor para hacer el bien, de la sabiduría para seguir tu voluntad y de la confianza para caminar contigo en todo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que fortaleció a David los haga fuertes en la fe. Amén.

Que Cristo, que sanó a los heridos, restaure todo lo que en ustedes está lastimado. Amén.

Que el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos los llene de valor, paz y alegría. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo  y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz y con valentía, confiando en que el Señor va delante de ustedes.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El valor no nace de ser fuertes, sino de confiar en Aquel que es más fuerte que nuestros miedos.

Jueves de la Segunda Semana del Tiempo Ordinario –

Año II

1 Sam 18,6-9.19,1-7; Mc 3,7-12

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años conocí a una mujer que había estado enferma durante mucho tiempo. Me contó que caminaba muchos kilómetros cada semana solo para llegar a una iglesia donde creía que podía tocar la presencia de Jesús. No sabía si algo sucedería, pero el anhelo de su corazón la impulsaba. Esto es lo que vemos en el Evangelio de hoy: personas que vienen de todas partes, cargando su sufrimiento y su esperanza, deseando tocar a Jesús.

Para muchos de nosotros, asistir a la Misa puede convertirse en un hábito, en una rutina que simplemente “cumplimos” cada semana. Pero la Misa es mucho más que eso. Aquí nos encontramos con Jesús. Podemos traerle nuestros miedos, nuestras enfermedades, nuestras dudas, nuestros dolores y también nuestras alegrías, y

permitirle que toque nuestros corazones y nuestras vidas con su amor sanador y lleno de vida.

El Evangelio también nos recuerda que la fe no es un espectáculo. Jesús no está interesado en hacer milagros para llamar la atención; él actúa en obediencia al Padre, para revelar el amor de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Nos presentamos ante Dios, reconociendo que muchas veces somos ciegos a su presencia y sordos a su palabra. Pidamos misericordia.

Señor Jesús, tú eres la fuente de la vida y de la sanación. Perdónanos por las veces que hemos ignorado tu llamado. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú vienes a nosotros en nuestra fragilidad y angustia.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, toca nuestros corazones y nuestras mentes para que te sigamos con fidelidad.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que sana nuestras heridas y restaura nuestras almas, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestros corazones en la fe y nos haga signos vivos de su amor sanador. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios santo y eterno, tú superas todo lo que podemos comprender y, sin embargo, te acercas a nosotros. Ayúdanos a presentarnos ante ti con humildad y reverencia, a abrir nuestros corazones a tu amor sanador y a encontrar valentía y alegría en tu presencia. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Hace varios años, un joven llamado David enfrentó la amenaza de muerte, no por algo que hubiera hecho mal, sino por los celos de otro. Saúl, rey de Israel, envidiaba el éxito de David y buscó hacerle daño. Pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba a David e intervino, mostrando valentía y lealtad. Gracias a Jonatán, la vida de David fue salvada, manifestando el poder del amor que da vida, incluso en medio del peligro.

En nuestro mundo hay muchos “Saúles”: personas cuyos celos o ira provocan destrucción. Pero también hay “Jonatanes”: quienes actúan con valentía y amor, defendiendo la vida, fortaleciendo la fe o sanando heridas. Cada uno de nosotros está llamado a ser un canal del poder vivificador de Dios, defendiendo la verdad, la misericordia y la justicia.

Reflexión sobre el Evangelio:

El Evangelio de hoy nos presenta una imagen impactante: personas que vienen de todas las regiones —Judea,

Galilea, Idumea, Transjordania, Tiro y Sidón— y se acercan a Jesús. Estaban afligidas de muchas maneras, pero reconocían el poder de Dios actuando en el ministerio de Jesús. Sabían que él podía sanar sus heridas.

La respuesta de Jesús es significativa. A veces se aparta de la multitud, instruye a sus discípulos y regula el ritmo de su misión. No actúa para el espectáculo. La sanación no es drama: es vida. No basta conocer el nombre de Jesús o asombrarse de los milagros; la fe verdadera exige apertura, confianza y una vida transformada.

En nuestra propia vida, muchas veces nos parecemos a la multitud. Venimos a Jesús con nuestro sufrimiento, nuestras esperanzas y nuestras preguntas. La Eucaristía, los Sacramentos y la oración son modos de “tocarlo”, permitiendo que su presencia sanadora y vivificadora fluya en nosotros. Como Jonatán, también estamos llamados a ayudar a otros a ver a Jesús con claridad, guiándolos hacia la fe y la sanación.

Desafío práctico:

Podemos preguntarnos: ¿a quién podemos ayudar hoy? ¿Hay alguien cegado por los celos, la ira o la desesperanza a quien podamos mostrar misericordia y comprensión? ¿Cómo podemos ser canales del amor que da vida de Dios en nuestras familias, comunidades o lugares de trabajo? Recordemos a David y Jonatán: la valentía, la lealtad y el amor salvaron una vida. Hoy el Señor nos llama a hacer lo mismo: no solo a buscar sanación para nosotros, sino a extender su amor vivificador a quienes lo necesitan. Que tengamos ojos para ver, corazones para amar y valentía para actuar al servicio de la presencia sanadora de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos estos dones en el altar —el pan, el vino y nuestras vidas— ofrecidos a Dios con esperanza, confianza y el corazón abierto a su presencia sanadora.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, te presentamos estos dones, signos de nuestro trabajo, de nuestras esperanzas y de nuestra vida. Transfórmalos con tu Espíritu, para que sean canales de tu amor sanador y de tu gracia. Que nosotros, alimentados por este Sacramento, salgamos a tocar la vida de los demás con tu poder que da vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú eres el Dios de la vida,
que llevas luz a la oscuridad,
esperanza al desesperado
y sanación al herido.

Aun en nuestra debilidad y temor,
nos llamas a confiar y a poner nuestra vida en tus manos.
Miras con compasión a los olvidados,
a los que sufren y a los que están solos,
caminas con los heridos y revelas tu ternura.

Por tu Hijo Jesucristo,
tu amor y tu misericordia se hacen visibles;
él vino por los afligidos y los que buscan,
llamando a todos a la fe, a la sanación y a la esperanza.

Por eso, con los ángeles y los santos proclamamos tu gloria...

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús, el Hijo de Dios, nos ha enseñado a orar no solo con palabras, sino con un corazón que confía en el amor del Padre. Oremos ahora con fe y esperanza, como él nos enseñó, confiando en que Dios escucha los deseos de nuestro corazón y sale a nuestro encuentro en nuestra necesidad.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y concédenos la paz en nuestros días.
Que tu Espíritu nos una en el amor, fortalezca nuestros corazones
y nos guíe a vivir según tu voluntad.

Mientras oramos por nosotros,
recordamos también a quienes luchan, sufren o caminan
en la oscuridad.
Inspíranos a llevar esperanza donde hay desesperación,
valentía donde hay miedo
y vida donde hay heridas.

Que seamos instrumentos de tu misericordia,
llevando la presencia sanadora de Cristo
a cada hogar, a cada comunidad y a cada corazón que
anhela tu toque,
mientras esperamos la venida gloriosa de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, tú eres el Príncipe de la Paz.

Donde haya odio, que sembremos amor;
donde haya ofensa, llevemos perdón;
donde haya duda, ofrezcamos confianza;
donde haya desesperanza, llevemos esperanza.

Concédenos la valentía para trabajar por la reconciliación,
la paciencia para soportar los conflictos sin amargura
y la humildad para reconocer nuestra propia necesidad de
sanación.

Que tu paz reine en nuestros corazones
y se derrame en la vida de todos los que encontremos,
para construir tu Reino aquí en la tierra.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Acérquense con el corazón abierto, confiando en la
presencia sanadora de Cristo.

Que este Pan de Vida los fortalezca, los sane
y los haga canales de su amor y de su misericordia para
todos.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo de Cristo, hagamos un momento de
silencio. Jesús no sana con espectáculo ni con alarde;
sana de manera silenciosa, profunda y personal. Su
presencia en nosotros transforma nuestro corazón y nos
capacita para tocar la vida de los demás. En nuestras
familias, trabajos y comunidades, llevemos el amor que da
vida de Cristo a quienes lo necesitan, ofreciendo
paciencia, ánimo y esperanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre celestial, te damos gracias por el don de esta Santa Comunión. Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, te pedimos que nos fortalezcas en la fe, sanes nuestras heridas e inspires nuestro corazón para llevar tu amor que da vida al mundo. Que la gracia recibida transforme nuestros pensamientos, palabras y acciones, y nos haga instrumentos de tu misericordia, de tu paz y de la reconciliación. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
él que se acerca a los pobres y a los heridos.
Que los llene de valentía como a Jonatán,
para defender, animar y levantar a los necesitados.
Que los fortalezca para ser canales de su presencia
sanadora,
llevando vida y esperanza donde habita la desesperación.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, a amar y servir al Señor.
Lleven con ustedes el toque vivificador de Cristo,
llevando esperanza a los heridos, ánimo a los cansados
y sanación a quienes lo necesitan.
Mantengan el corazón abierto, las manos dispuestas a
servir y una vida que refleje el amor abundante de Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Como la multitud en Galilea que se acercó a Jesús, y como David protegido por Jonatán, estamos llamados a acercarnos con fe y amor. En nuestra fragilidad, el Señor nos ofrece vida. A través de nuestra valentía, misericordia y compasión, podemos llevar vida, esperanza y sanación a los demás. Cada gesto de amor y de bondad se convierte en un toque de Cristo en el mundo.

Viernes de la Segunda Semana del Tiempo Ordinario –

Año II

Fiesta de San Francisco de Sales

1 Samuel 24, 3–21; Marcos 3, 13–19

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un hombre compartió una historia sobre un conflicto que había crecido silenciosamente en su corazón. Había sido herido profundamente por un amigo cercano y, durante meses, llevó la ira como una piedra en el bolsillo. Un día escuchó una frase atribuida a san Francisco de Sales: «*El que perdona recoge doble cosecha: la paz para el prójimo y la paz para el corazón*». Aquella sencilla frase lo inquietó. Poco a poco, la piedra del resentimiento se fue aflojando. Finalmente, se acercó a su amigo, perdonó y descubrió que la paz que encontró dentro de sí mismo era mucho mayor que la paz que había restaurado con su amigo.

La primera lectura de hoy nos cuenta una historia semejante: David perdona a Saúl aun cuando podía

haberse vengado. Es un momento de misericordia radical. Y san Francisco de Sales, pastor en un tiempo de profundas divisiones religiosas, vivió este mismo espíritu de fortaleza suave: «*Todo por amor, nada por la fuerza*».

Al reunirnos, ya algunas semanas dentro de este nuevo año, con propósitos hechos, rotos u olvidados, una invitación permanece intacta: la invitación de Dios a reunirnos, a escuchar su Palabra y a dejar que su misericordia dé forma a nuestro corazón.

Entremos en esta celebración pidiendo la gracia de ser compañeros de Jesús, como lo fueron los Doce, y de ser enviados como ellos: con corazones suavizados, fortalecidos y guiados por la sabiduría de san Francisco de Sales.

ACTO PENITENCIAL

San Francisco de Sales nos enseña que «*la verdadera humildad no nos vuelve tímidos, sino veraces*».

Presentémonos ante Dios con humilde verdad y
reconozcamos nuestros pecados.

Señor Jesús, tú nos llamas a ser tus compañeros en la
oración y discípulos en la misión: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a elegir la misericordia en lugar
de la venganza, como David eligió la misericordia con
Saúl: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos fortaleces para ser mansos, pacientes
y fieles en nuestras tareas cotidianas: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la compasión nos mire con bondad,
perdone nuestros pecados, sane nuestros corazones y
nos conduzca a la paz que nace de caminar de cerca con
su Hijo, ahora y siempre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios fiel y lleno de ternura, tú inspiraste a san Francisco
de Sales para guiar a tu pueblo con paciencia, claridad y
un corazón lleno de misericordia. Al escuchar hoy cómo
David eligió la compasión en lugar de la venganza y cómo
Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él,
concédenos caminar por ese mismo sendero de
mansedumbre y fortaleza. Forma nuestros corazones en la
oración, envíanos con valentía y haz que la gracia recibida
dé fruto en unidad y paz. Por nuestro Señor Jesucristo, tu
Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu
Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En un pequeño pueblo de Saboya, un joven estudiante,
lleno de miedo, le confesó un día a Francisco de Sales
que temía estar más allá de la misericordia de Dios.
Francisco sonrió con dulzura y le entregó un papel. En él
había solo tres palabras: «*Dios te ama*». Luego añadió

suavemente: «*Escríbelo en tu corazón cada mañana y vive el día como alguien amado*».

Este sencillo encuentro resume toda la espiritualidad de san Francisco de Sales: verdad suave, firmeza compasiva y la convicción de que el amor transforma mucho más profundamente que cualquier fuerza.

Las lecturas de hoy nos presentan dos escenas poderosas.

En la primera lectura, David se encuentra en la oscuridad de una cueva, con la vida de Saúl en sus manos. Toda lógica humana le dice: “Termina con esto ahora. Véngate”. Pero David no escucha al instinto, sino a la conciencia. Elige la misericordia y, en ese momento, se convierte en reflejo del corazón mismo de Dios.

En el Evangelio, Jesús llama a los Doce, a cada uno por su nombre. En ese instante, Judas y Pedro están al mismo nivel. Mateo, el recaudador de impuestos, está junto a Juan, el discípulo amado. No son elegidos por su santidad, sino por su disponibilidad.

Aquí está el mensaje salesiano: Dios no nos pide ser perfectos antes de llamarnos. Nos llama para que, con Él, podamos crecer.

San Francisco de Sales vivió esto plenamente. Trabajó entre comunidades divididas por conflictos teológicos. Respondió a la ira con paciencia, a la hostilidad con claridad y a la oposición con una caridad serena. Su lema era sencillo pero revolucionario: «*Todo por amor, nada por la fuerza*».

La vida cristiana tiene dos movimientos, como revela el Evangelio de hoy:

1. Estar con Jesús: oración, escucha, silencio, compañía.
2. Ser enviados: misión, acción, testimonio.

San Francisco de Sales insistía en que la santidad no es solo para monjes y místicos, sino para padres de familia, campesinos, viudas, soldados, comerciantes, maestros... para todos. ¿Por qué? Porque la santidad comienza

estando con Jesús y, desde allí, somos enviados. Incluso el gesto misericordioso de David brota de un corazón sintonizado con Dios.

Una última historia de su ministerio:

Una mujer le dijo una vez que no tenía tiempo para orar porque su hogar era demasiado ruidoso y exigente.

Francisco le respondió con una sonrisa: «*Si no puedes orar largo, ora corto; pero nunca dejes de elevar tu corazón a Dios. Unas pocas gotas de agua cada día evitan que la tierra se endurezca.*»

Esta es nuestra invitación hoy: mantener el corazón blando, permanecer cerca de Jesús, elegir la misericordia en lugar del enojo y dejar que su amor guíe nuestros pasos. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al preparar el pan y el vino para el altar, presentemos también nuestro deseo de crecer en mansedumbre, nuestro anhelo de unidad y nuestra esperanza de que

Dios nos forme como instrumentos de paz, como lo hizo con san Francisco de Sales.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de amor, recibe los dones que hoy te presentamos: signos de nuestra gratitud y expresión de nuestro deseo de seguir más fielmente a tu Hijo. Así como el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, transforma también nuestros corazones para que, a ejemplo de san Francisco de Sales, te sirvamos con paciencia, sabiduría y fortaleza serena. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú llamas a tu pueblo por su nombre, como tu Hijo llamó a los Doce, y nos invitas a caminar con Él en confianza, misericordia y fortaleza humilde. En cada época suscitas santos, como san Francisco de Sales, para guiar a tu

Iglesia con claridad de mente y mansedumbre de corazón, enseñando que tu amor es más fuerte que el miedo y que tu gracia es más profunda que la debilidad humana.

Por su testimonio nos formas en la compasión, en la unidad y en el valor sereno que solo viene de ti.

Por eso, con los ángeles y arcángeles, con los santos que nos acompañan y con toda la creación que canta de gozo, proclamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiados en la misericordia de Dios e inspirados por la fe sencilla y mansa de san Francisco de Sales, oremos por la venida del Reino con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo miedo que endurece el corazón o divide a tu pueblo. Concédenos la paz que nace de confiar en tu amor, el valor de perdonar como David perdonó a Saúl y la mansedumbre que marcó la vida de san

Francisco de Sales. Mantennos fieles mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: «*La paz les dejo, mi paz les doy*». No mires nuestros pecados ni las divisiones que hieren a tu Iglesia, sino la fe y el anhelo de tu pueblo. Concédenos una paz que sea mansa, una paz que reconcilia, una paz que nos haga uno en tu amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que reunió a los Doce, fortalece a los débiles y llama a cada uno por su nombre. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

«*Permanece tu corazón en paz —escribió san Francisco de Sales— aunque todo a tu alrededor esté en agitación*».

Al descansar en la presencia de Cristo que hemos recibido, pidamos la gracia de salir de aquí llevando su paz, de volver a nuestros hogares como testigos mansos y de vivir nuestra vocación como compañeros de Jesús en el mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de ternura, hemos recibido el don de Cristo, tu Hijo, que nos alimenta con su presencia y nos fortalece para su misión. Que este sacramento avive en nosotros el deseo de caminar cerca de Él en la oración y de servir a nuestros hermanos con la paciencia y la caridad que brillaron en san Francisco de Sales. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de la misericordia, que llamó a David a elegir la paz, los bendiga con corazones libres del miedo. Amén.

Que Cristo el Señor, que llamó a los Doce por su nombre, los renueve en la oración y los fortalezca para la misión. Amén.

Que el Espíritu Santo, que formó a san Francisco de Sales como un pastor manso, modele en ustedes un espíritu de alegría, paciencia y unidad. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, a vivir el Evangelio con mansedumbre y fortaleza.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La *santidad* no se encuentra en cosas extraordinarias, sino en hacer las cosas ordinarias con un amor extraordinario». — San Francisco de Sales

Que esta frase acompañe y guíe su semana.

FIESTA DE LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO —

(Sábado, 25 de enero de 2026)

Hechos 22,1a.3–16; Marcos 16,15–18

INTRODUCCIÓN

Hay una historia famosa sobre un hombre que visitó la gran catedral de Colonia. Se detuvo ante el enorme vitral que representa la conversión de san Pablo.

Era de noche; todo se veía oscuro. Pero entonces el cuidador encendió las luces desde el interior del templo y, de pronto, todo el vitral comenzó a brillar con una belleza impresionante. El hombre dijo: «He venido aquí durante años, pero solo ahora veo los colores».

La vida de Pablo fue como ese vitral. Su celo, su pasión y su inteligencia siempre estuvieron ahí, pero la luz aún no había brillado a través de ellos. En el camino a Damasco, Cristo encendió la luz desde dentro y todo cambió. Hoy celebramos ese momento: cuando la gracia de Dios irrumpió con tanta fuerza en la vida de un hombre que el perseguidor se convirtió en apóstol, el enemigo en

hermano, y los ojos cegados por el pecado se abrieron a la verdad de Cristo.

En este último día de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, pedimos la misma gracia: que Cristo encienda la luz en nuestros corazones, en nuestras comunidades y entre nuestras Iglesias.

Comencemos reconociendo nuestra necesidad de esta gracia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, te apareciste a Saulo cuando menos lo esperaba:

ilumina con tu luz nuestros caminos cuando andamos en la oscuridad.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, transformaste a un enemigo en amigo y testigo:

renueva nuestros corazones cuando se vuelven estrechos

o temerosos.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos envías, como enviaste a Pablo, a llevar tu Evangelio a todos los pueblos: fortalécenos para la misión que hoy nos confías.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la luz de su gracia, para que caminemos fielmente tras las huellas de san Pablo y sigamos la llamada de Cristo, nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Con toda la Iglesia, y con todos los que han experimentado la misericordia de Cristo, demos gloria a Dios que llama, transforma y envía.
Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Dios de gracia soberana, llamaste al apóstol Pablo de la ceguera a la luz de la fe y le confiaste el Evangelio para todas las naciones. Abre nuestros corazones a tu voz, sacúdenos de todo lo que nos detiene y haz de nuestra vida un testimonio vivo de tu misericordia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo...

Amén.

HOMILÍA

Hace años, un sacerdote visitó una prisión para hablar con un hombre famoso por su ira y violencia. Los guardias susurraban: «No escucha a nadie». Sin embargo, cuando el sacerdote entró en la celda, el hombre dijo algo sorprendente: «Padre, estoy cansado de ser el hombre que todos creen que soy. Quiero empezar de nuevo». Más tarde, el sacerdote comentó: «Ese fue el momento en que entró la gracia. No de manera ruidosa ni dramática, sino como una puerta que se abre en silencio en el corazón».

La conversión de Pablo es impresionante: una luz del cielo, una voz que lo llama por su nombre, la ceguera, una nueva misión. Pero en el fondo es la misma historia: un corazón que se abre a la gracia. En Hechos 22, Pablo se presenta ante una multitud furiosa y cuenta su historia, no para defenderse, sino para mostrar que Dios puede transformar completamente una vida.

Pablo creía que servía a Dios persiguiendo a los cristianos. Era sincero, pero estaba sinceramente equivocado. Aun así, Dios no lo condena; Cristo lo llama por su nombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Esa pregunta marca el giro de su vida. Cristo no dice: «¿Por qué persigues a mis seguidores?», sino «¿Por qué me persigues a mí?». Desde ese día, Pablo comprenderá que tocar a la Iglesia es tocar al mismo Cristo.

Luego viene la respuesta de Pablo, la frase más importante que pronunció jamás: «¿Qué debo hacer, Señor?». Esa pregunta lo cambia todo. Es la pregunta del

discípulo. Es el inicio de la obediencia, de la misión, de la humildad y de la unidad.

Pablo es enviado a Ananías, es decir, a la Iglesia. El perseguidor debe ser acogido por la comunidad que antes quiso destruir. Aquí el milagro no es solo la conversión de Pablo, sino el valor de Ananías, que lo llama «hermano Saulo». La unidad comienza con un perdón valiente.

El Evangelio de hoy nos envía: «Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda criatura». Pablo se tomó esto al pie de la letra. Cruzó mares, culturas, lenguas, peligros y divisiones. Pero nunca se atribuyó el mérito: «Por la gracia de Dios soy lo que soy». La conversión es obra de Dios; la cooperación es nuestra.

Hoy, al concluir esta Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, Pablo nos enseña tres cosas:

1. Nadie está fuera del alcance de Dios. Si Dios pudo transformar a Saulo en Pablo, ningún corazón, ninguna Iglesia, ninguna relación está perdida.

2. La conversión es continua. Pablo no se convirtió una sola vez; se convirtió cada día, cada vez que se humilló, perdonó, soportó el sufrimiento o comenzó de nuevo.
3. La unidad es misión, no preferencia. Pablo buscó a Pedro y a los demás apóstoles. Tendió puentes. Cristo sigue pidiéndonos lo mismo hoy, en nuestras familias, nuestras iglesias y nuestras comunidades.

Existe una tradición que cuenta que, en los últimos días de su vida, Pablo recibió en la prisión la visita de cristianos que le agradecían haberlos llevado a Cristo. Un joven creyente le dijo: «Pablo, si tú no hubieras cambiado de vida, la mía nunca habría comenzado». Pablo respondió sencillamente: «Entonces Cristo no ha obrado en mí en vano». Que también de nosotros pueda decirse lo mismo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como Pablo ofreció toda su vida a Cristo, ofrezcamos ahora el pan, el vino y nuestros propios corazones,

confiando en que Dios puede transformar lo que le presentamos en un don para el mundo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, acepta estos dones y el deseo de conversión que representan. Así como transformaste a Pablo en servidor del Evangelio, transfórmanos por este sacrificio en personas que lleven tu luz a quienes buscan esperanza.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en toda época llamas a los pecadores a tu luz admirable, y en el apóstol Pablo revelaste el poder de la gracia que transforma el corazón humano. Cegado por el celo pero en búsqueda de tu verdad, fue sobrecogido por el resplandor del Señor resucitado y conducido por tu mano a las aguas del nuevo

nacimiento. Por medio de él, tu palabra llegó a pueblos lejanos; por medio de él, la Iglesia aprendió a acoger a todos; y por medio de él, el Evangelio fue anunciado con valentía, para que todo corazón conociera tu misericordia. Por eso, con los ángeles y los santos, y con todos los que has sacado de la oscuridad a la luz, proclamamos el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

En su conversión, Pablo dijo: «¿Qué debo hacer, Señor?». Con ese mismo corazón confiado, diríjámonos ahora al Padre y oremos con las palabras que Jesús mismo nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda oscuridad que nubla la mente o endurece el corazón. Así como liberaste a Pablo del miedo y de la ceguera, líbranos de todo lo que nos divide, para

que, con gozosa esperanza, aguardemos la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú dijiste a Pablo: «Yo te envío». Habla hoy a nuestros corazones y haznos instrumentos de tu paz. Concede paz a tu Iglesia, unidad a los cristianos y sanación allí donde se proclama tu nombre. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, que salió al encuentro de Pablo en el camino y hoy sale a nuestro encuentro en este altar. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, llamaste a Pablo por su nombre, y en esta Eucaristía nos llamas también a nosotros. Quita nuestra ceguera, sana nuestras heridas y envíanos allí donde más se necesita tu amor. Haz de nuestra vida un Evangelio vivo, para que otros lleguen a conocerte por la gracia que vean en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, nos has alimentado con el pan de vida que fortaleció a Pablo para su misión. Que este sacramento renueve nuestro valor, profundice nuestra conversión y nos una más estrechamente a Cristo y entre nosotros, para que el mundo crea en el poder transformador de tu gracia.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que llamó a Pablo desde la oscuridad haga brillar su luz sobre ustedes y guíe sus pasos por el camino de la paz. Amén.

Que Cristo, que reveló su gloria en el camino de Damasco, abra sus corazones a su palabra y los fortalezca para dar testimonio con valentía. Amén.

Que el Espíritu Santo, que hizo de Pablo un servidor de la unidad, los mantenga firmes en la fe y generosos en el amor hacia todos. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo  y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en la paz de Cristo, que transformó a Saulo en Pablo. Lleven su luz al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Toda conversión comienza con esta oración:
“Señor, ¿qué quieres que haga?”»